

rendorf, que enfoca la globalización con una visión superficial, acrítica y puerilmente entusiasta.

Un complemento satisfactorio de los libros mencionados es el excelente *Diccionario de historia y política del siglo XX*, publicado por la Editorial Tecnos y elaborado por un equipo de autores españoles. Se trata de una obra de consulta rigurosa y dotada de muy buena información, que viene a sumarse al *Diccionario Oxford de Historia Universal del siglo XX*, de la Editorial Complutense (1998).

En cambio, no existe en castellano ninguna cronología histórica dedicada exclusivamente a la pasada centuria. Sólo se dispone de ordenamientos de fechas generales, como la *Cronología Universal Espasa*, que en su segunda edición actualizada abarca hasta el año 2000. El ya clásico *Atlas Histórico Mundial*, de Ediciones Istmo, en dos pequeños tomos, llega en su 19ª edición hasta 1991, mientras que la *Cronología Histórica Universal por países*, de Ediciones Globo, alcanza hasta 1994, y la *Cronología Interdisciplinar*, de esa misma editorial, hasta 1992. Esta última es además muy poco precisa, ya que no señala el día ni el mes en que ocurrieron los acontecimientos que cita, carencia que, inexplicablemente, se repite en las cronologías insertas en varios libros de historia contemporánea.

Carlos Alfieri

Los diarios de Bioy Casares*

«¡Acariciad los detalles! ¡Los divinos detalles!», le proponía Nabokov a sus estudiantes de literatura como un imperativo que él mismo aplicó tanto en su obra de ficción como en su magnífica autobiografía, *Habla, memoria*. En *Descanso de caminantes*, que es sólo una parte de los diarios íntimos, más bien *carnet* de apuntes, de Bioy Casares, esos «divinos detalles» (rastros, claves o revelaciones del oficio de vivir y de crear) capaces de inducirnos a una lectura más intensa de la obra de aquél que comparte con el lector la escena autobiográfica, y hace realmente interesantes o justificables los dietarios y libros de memorias, se diluyen o desaparecen como si hubieran sido expurgados. Estas 507 páginas adolecen de verdadera confidencialidad, de vida privada, eje central de todo diario; en cambio, abundan en ellas epigramas contra escritores, algunos versitos ingeniosos y curiosas anotaciones idiomáticas.

* *Descanso de caminantes*, Adolfo Bioy Casares. Edición de Daniel Martino, Sudamericana, Barcelona, 2001, 507 pp.

Entre sueños, opiniones políticas ocasionales y conversaciones mantenidas con taxistas y lustrabotas, «gente modesta», sobre la que Bioy también escribe en sus ficciones («porque estimulan mi imaginación», nos dice), surge lo que podríamos denominar «Diccionario extenso del argentino misógino», muy distinto a su «Breve diccionario del argentino exquisito», donde se puede encontrar por orden ideológico, más que alfabético, una buena cantidad de palabras destinadas a poner en su lugar al «eterno femenino».

Aunque Bioy asegura ser un enamorado de las féminas o, según puntualiza, querer «a la especie», es decir, «a las mujeres, no a una mujer en particular», encuentra en ellas «exigencias, amarguras y estu-pideces» que lo colocan siempre en la disyuntiva de la fuga. Como todo Don Juan, aborrece y desprecia lo que más desea. Y desear, por lo visto, deseó a todas, fueran morenas, pelirrojas o rubias, mientras no «se afearon». A pesar de los consejos de su tío Enrique («Cuidado con las mujeres, Adolfo. Son todas el disfraz de un solo buitre, cariñoso y enorme, que vive para devorarte»), Bioy se embarca en una vida de sexo y aventura que, paradójicamente, lo lleva a elegir una y otra vez el mismo tipo de mujer: señoritas o señoras (frecuentó a muchas casadas) que andaban detrás de sus encantos viriles y de su dinero, que exigían ser mantenidas y heredarlo.

Estas interesadas o «engorrosas insaciables», amigas innominadas, constituyen, por otra parte, una especie de sociedad de mujeres inhospitalarias, teatreras, desequilibradas, tiranas, innobles, exasperantes, pleiteadoras: una enfermedad. Las considera, incluso, «más amargadas que la muerte». Pero les reconoce, eso sí, que conforman «el lado divertido» de su vida.

Que en su definición de *Mujeres*, diga: «Máquinas de transmitir tensiones», no extraña en lo más mínimo. Bioy es fiel a su glosario de ideas. Para él las mujeres son, sencillamente, objetos, además de objetos sexuales. «¿Hay algo más alegre que el objeto sexual?», se pregunta o nos pregunta como remate final de un elocuente párrafo intitulado *Un machista*.

Bioy estuvo casado durante 53 años con la escritora Silvina Ocampo, cuya presencia en este volumen es escasa, pero suficiente para entender la enorme amistad que los mantuvo unidos por más de medio siglo. Sin embargo, *Descanso de caminantes* podría constituirse también en una suerte de «Manual del perfecto misógamo», por la sostenida aversión al matrimonio de la que da cuenta el autor de *La invención de Morel*, pero esto es lo de menos, ya que son variaciones de una misma idea fija: las mujeres, cómo conseguir las, cómo escapar de ellas. Idea fija, más que obsesión, que se erige en el hábitat principal de su escritura diarística, de la que

se echa en falta, en honor a la verdad, mayor hondura psicológica para desarrollar un tema que trataron, con lo que aquí no aparece, dos de sus autores más mentados: Byron y el Casanova de *Memorias*.

Por otro lado, cierta osadía e indiscreciones no ocultan a un Bioy pudoroso para decir malas palabras. Quizá por eso pone en boca de otros aquello que, se intuye, debía de suscitar en él una gracia hasta infantil. Esas interpósitas personas, con identidad, son los escritores Silvina Bullrich y Manuel Mujica Láinez, a quienes, de paso, despelleja desde varios flancos. Otros muchos auto-

res, como Ernesto Sábato, sirven de objeto para la ironía y la crítica. Tampoco escatima sacar a la luz las miserias del ambiente literario local y escenificar, en breves relatos de la calle, la prepotencia, el sexismo y la xenofobia de la sociedad argentina. Ni con él mismo es condescendiente. Nos refiere su soledad y el dolor de su paulatina decrepitud física que honores, condecoraciones y premios parecen sólo mitigar por momentos. Como el mismo Bioy anota, hay en este diario: «Mucha tristeza a costa de algún hallazgo».

Reina Roffé

América en los libros

Entre la identidad y la globalización,
Hugo E. Biagini, Editorial Leviatán,
Buenos Aires, 2000, 100 pp.

Valiéndose de una expresión que ha hecho fortuna, Erick Hobsbawm ha dejado escrito que el siglo veinte fue, ante todo, un siglo corto. Según el historiador británico, esa breve biografía vendría delimitada por dos hechos centrales: la irrupción de la primera guerra mundial y la caída, o mejor, el literal abatimiento del muro de Berlín. De aceptarse esta lectura, bien podría completarse de la siguiente manera: el colapso del comunismo burocrático fue el sepulturero de la vieja centuria, la contestación de la globalización capitalista, la decidida partera de la nueva.

En efecto, tras más de dos décadas de euforia conservadora, la historia se resiste a asistir a sus exequias y la sociedad abierta, como admiten los propios epígonos de Karl Popper, dista de estar asegurada. Para algunos, la globalización sería la última aventura emprendida por la modernidad desde aquella que, en el siglo XV, la empujó a lanzar sus naves a la conquista de los mares. Para otros, se trataría de una aparición totalmente novedosa, surgida del vientre explosivo de la revolución informática y el desarrollo de las comunicaciones. Sus

defensores la presentan como benéfica promesa de tecnología y riqueza incluso para los más desgraciados. Sus detractores le enrostran una larga lista cargos: haber convertido el planeta en un gran casino especulativo, aumentado las desigualdades sociales, amenazado la ecología, arrasado con las identidades locales y degradado los regímenes democráticos a la categoría de oligarquías electoralmente legitimadas.

Hugo Biagini propone una singular síntesis crítica de esas posiciones. Sus ensayos no son, desde luego, los del panegirista, pero tampoco los del apocalíptico. Es más bien un *globoescéptico* que tiene claro que la globalización se presenta bajo rostros diversos y que una cosa es su caracterización como proceso y otra diferente como ideología. En el primer caso, en efecto, expresa un fenómeno real de internacionalización que sería necio desconocer. En el segundo, en cambio, suele contrabandear una serie de afirmaciones interesadas, cuyo sesgo es menester escrutar con severidad.

Para abordar estas cuestiones, Biagini adopta una estrategia discursiva dispersa pero ilustrativa. En teoría, el libro se divide en dos partes. La primera se dedica a analizar algunos efectos de la globalización